

## LA MASCARA DE RAMON LIZALDE

Por Ana Flashner

*"Je na'i jamais tant souffert. . de  
l'absence de' un etre et de la solitude  
que de sa présence ailleurs,  
ou je n'étais pas, et de ce que je  
pouvais imaginer malgré tout. ."*

*Les vases communicantes. André Breton*

Un viento ligero del desierto se acerca hasta mi ventana. Viene degollado por la arena calcinada: gránula diminuta que se cristaliza cuando la toca esa enorme araña centelleante. El caprichoso monzón no tiene cuerpo. Está en todas partes. Atravesó primero las conformaciones de roca maciza, se esparció luego por el valle y de allí cabalgó, sin estribos, hasta el Mediterráneo. El mar se puso tan lacio que parecía más bien una gigantesca lámina de acero. Por mi barrio el monzón se dispersó al culminar la mañana. Pero ahora, en la pesadez tardía, ha trepado por mis huesos hasta palparme el alma. Las labores lerdas del día agitado en sus transacciones han quedado atrás y sentada, así, con los ojos entrecerrados y la boca entreabierta he esperado la frescura de ese viento para que se lleve el tedio amodorrado que se alberga en el agujero sudoroso del alma.

Un sonido crepita. Vuelvo el rostro sobresaltada. Es sólo el sollozo ofuscado del árbol laminado y pulido. A él también lo agobia la temperatura y en su delgadez, ya sin raíces, los goznes desvarían. Cala muy hondo el monzón. También se ha desplazado sobre la máscara que cuelga rígida en medio de la pared de mi pieza. Allí está, azuladamente inmóvil en el letargo veraniego. Posee el secreto nuestro. Sus huecos oscuros sudan con el aire. El calor del tiempo enrojece su aura hasta el fuego vivo. ¡Y cómo suda mientras aguarda la transformación de aquello que se mueve y transita! ¿Será ese modo, su manera de decirme aquello que no logro descifrar? Sí, igual que entonces se limita a ese sudar insobornable, azuloso. ¿Te acuerdas, Ramón? Es el Huayno de la Roca que volvió. Me trajo de nuevo en su baba soporífera su pueblo de ilusionistas y de magos. Igual que los de tu tierra. Los porta en esa donosura que, según tú, es gallarda cuando carece de la lujuria pecaminosa. "Tiene una expresión risueña" — me decías. Yo sólo veía una nariz gruesa y exageradamente abultada y los huecos de unos ojos prístinos; huecos que hoy chorrean baba en la prodigiosa quietud líquida del momento bostezado.

Hueca la edad en la exactitud rectificada que nos conduce hacia la nostalgia de tiempos que se reconcilian. ¡Qué ausentes estamos ya el uno del otro! Es cierto, pero en las búsquedas de risas y otros escombros que aparecen o desaparecen en las reliquias enterradas y encontradas, ni tú ni yo podíamos saber si nos llamarían, si vendríamos los dos — o cada uno por separado. También podíamos quedarnos simplemente. El secreto estaba guardado. Ni tú ni yo teníamos la clave entonces. No importa ¿verdad? Tengo delante mío este rostro consolidado carente de ojos que se cubren en un donaire hidalgo y sonriente. Sí, Ramón, la quena se derrama en sus huecos sincopados y la memoria aprieta los nudos de la mente con sus instantáneas de humo enlazado; con su haz de nubes dispersas en la línea que une el rojo con el opaco, así como aquellas tardes en los rumbos cardinales.

He perdido, al parecer, el sentido de la medida en la precisión de esos huecos estirados. Hay quien dice que la lejanía dá la ondulante que une los extremos, pero a mí se me figura que el tiempo se agita desigual convertido en una sonaja de barro, y suena porque está lleno de pepitas de lava y maíz detenidas en el curso de la naturaleza, como el Ajusco con sus pliegues rugosos y nublados. ¡Hermoso faldellín de basalto florido con pencas universitarias que antes de disolverse en la transparencia del cristal mental se ríe! Nada puede empañar este inventario de silencios no olvidados. Por eso siento tu presencia al alcance de mi mano. Así, en la gracia pronunciada de aquellas tardes en que, sin tú saberlo, en la honradez y el cariño tierno de tu trato, imponías un cierto orden a mi caos interno. No vayas a enojarte, ahora, porque me río al pensar en la meticulosidad de tu paraguas siempre colgado en la inminencia. Pendía el fruto madurado con su mango de madera; insistencia de tu brazo izquierdo en servir de percha. Sé que tú también te reirías de la falsedad convencional de la polaina y el bombín. Sabes, Ramón, esta vez el Huayno volvió del azul con sus ojos estrábicos y tristes. ¿Será, tal vez, porque desearía verte otra vez sentado, ahí, sobre el camastro con las manos entrelazadas sobre las rodillas, mirándonos, de frente, mientras te escuchábamos atentos? ¿Será que quisiera escuchar el sonido metálico de las cuerdas templadas? ¡Percusión de obsidiana Sancocho se cobijó detrás del Altarcillo dorado con los espejos; los huecos de su máscara lloran polvos fríos y viejos. Sí, Ramón, deja que sople la quena:

*“... pa cantar, pa cantar...  
el secreto pa reir, pa llorar...”*

Lo que más te debe extrañar, sin duda, es esta intimidad. Quizás soy muy atrevida. Pero en el silencioso padecimiento de una vocación peregrina, tu rostro surge como una catedral sumergida. Sí, Ramón. Fue incalculable la riqueza que me regalaste en esos momentos de libertad. Esa libertad responsable que me encaminaba ya a la más difícil de las aventuras: la de la fuerza que funde lo intangible con lo divino que llevamos los humanos en nuestro seno fecundo y creativo. Insististe con tu voz tranquila en el cuidado fiel e indispensable de aquello que nos hace ser, aun en la valentía de decir aquello que no siempre es plácido al oído común y que, por lo mismo, no sólo siembra sonrisas y beneplácito. A veces es tan duro como la aridez de la sal en la tierra: no permite la siembra. Menos la cosecha.

Y sin embargo, a pesar de esta intimidad, difícilmente alguien podría adivinarnos el tiempo y el espacio de estar vivos. He abandonado la maleta curricular y vuelta cauce, dejo que las aguas del río me bañen y corran adelante. Y en la grieta de esta ruptura (que empieza a cicatrizar) emerges de la gaveta de mi entendimiento, en esa inmunidad de la devota camaradería. ¿Qué importa si eran tardes robadas o no a la severidad familiar que veía en la diferencia de creencias un peligro de extinción étnico? Nunca pude explicarte el porqué me habían educado a que aprendiese a que no se arraiga uno a nada y a nadie, porque en la extranjería la seguridad material era una garantía ficticia y temporal. Soterrado quedaba siempre el temor y no es que fuese vergüenza el ser judío, sino que era mucho mejor ser prudente y no mencionar el origen. Mejor, aún, era no hacer pública la ostentación de creencia alguna. Sí, Ramón, la desconfianza era tan ancestral como el riguroso respeto a la tradición. Mi optimismo sutil de pretender solucionar ese problema contradiciendo la ignorancia y las supersticiones populares quedaría en el plano de la utopía. Era tan portentosa la realidad que mis humildes posibilidades no podrían romperla nunca, y lo más terrible de todo era que empezaba a dudar de la posibilidad de siquiera hollarla. Pero tú y yo estábamos de acuerdo, en la claridad de contrarios, en que lo verdadero era esa cualidad que nos otorgaba inherentemente nuestra esencia humana. En efecto, somos lo que somos, aquí, allá, ahora, como entonces. . . . .

*“Mi pena se hace canción  
cuando empiezo a soñar...”*

Canta el Huayno, sin verme la cara. Me parece que fue ayer cuando gigantesco rompecabezas, el mosaico de la Biblioteca Central se reflejaba, cortado por algodones rosados, en los charcos del aguacero pasajero. No sé como llegaste a mí. Tampoco recuerdo quién le habló primero a quién. Es difícil discernir ahora aquellos nudos que, insensible, ha dejado ya de compartir la cotidianeidad. ¿Te acuerdas del Maestro Justino? ¡Seguro que sí! ¿Quién podría olvidar esas profundas y hasta pedantes explicaciones sobre Orozco o las múltiples sugerencias de lecturas sobre crítica y filosofía del arte? Tenías razón. No te creí cuando insistías en que las clases de la Facultad, al mismo tiempo que nos formaban el gusto, lo deformaban. Pero, ya ves, también la selección se depura con el tiempo. Dime, Ramón, ¿recuerdas a Graciela? Aquella gacela esbelta y grácil con su frente amplia y asustada en la cara de corazón moreno ¿Y Josefina? La recuerdo haciendo los ejercicios de danza con Ursula hasta que se ganó esa primera beca que la alejó de tu lado. ¿Dónde fueron a dar los viejos zapatos del amigo Van Gogh? Quién sabe. La máscara sigue elevada en la ambigüedad abstracta. Suda. Ya tampoco puedo evocar el instante en que comenzó a exhalar esas pequeñas gotas saladas. Pero, dime, ¿aun conservas ese cuarto en el último piso del viejo edificio de la Avenida de los Insurgentes? Tal vez entre los trapos viejos encuentres la blusa de hilo negro con unas margaritas bordadas en lentejuela de color rosa que tanto te gustaba, porque dejaba al descubierto la línea de mi cuello y se prolongaba en un escote delicado y sobriamente púdico. “Es ideal para que te dibuje” —dijiste. Luego, cantabas ronco:

*“Bajo el cielo azul te recordaré  
en la soledad de mi noche cruel. . .”*

Y corría el carboncillo sobre el papel sostenido por unas chinches sobre el caballete. Ya ves, Ramón, como he escarbado, junto a los ecos y las voces de abril a noviembre, tu talento y mi porfía. Fueron pocas las tertulias en compañía de Vallejo. Entraban en la carne, lentamente, cuando yo comenzaba a hilar mi embrión de historia. Si tienes alguna vez memoria de aquellos aguaceros de mediodía, del aleteo de la hierba y el carnalito de los pájaros veraniegos, me gustaría saber que tú me ves móvil, fértil, plácida en lo que tiene de flor y lágrima la canción de la vida profunda. ¿Arrogancia? Seguramente que sí. No tengo vergüenza en reconocer este pecado. Ya lo ves. Pero también sé que hubo ocasiones lúgubres y sórdidas cuando los sepias y rojos de los aperitivos amargos me provocaban, en su fluir fugitivo, esas ciertas ganas lindas de trasnochar al humo de los cigarrillos (que tú detestabas pero que tolerabas en todos nosotros), con los alientos rotos por las lecturas de epepeya indias en Machu Pichu y Tiahuanaco. Ya surge el Huaco fabuloso y mítico: heraldo oscurecido nos trae su triste dondoneo.

Así de codos sobre el piso, con la cara reposada en las palmas, había un-no-sé-qué que desgarraba mi cáscara. Era, sin duda, el trágico lloro azul de tú quena tímida, ¿O era el suspiro del pincuyo en la penumbra y la congoja de tu voz trémula cuando leías poesía en voz alta?

Deshora insolente era ese pérfido horario que me imponía el minuterero inclemente. Había que volver a la jaula. Tus manos huesudas y finas, pero duras en el gritar de tus telas me acariciaban el rostro. “Llegará el día en que dejes de tener esas barreras”— me dijiste, consolándome del desasosiego. Así es, Ramón. Llegó ese momento y me sacude inclemente el aire denso. Me preguntan esos huecos ¿qué se habrán hecho mis manos, aquellas que aprisionaban unos ojos en el dorso? ¿Y las otras máscaras vivientes hechas de la sangre de tus adioses sin pañuelo y sin miedo? Eran máscaras rígidas, metálicamente pétreas, que ignoraban su prolongación sensual al desnudo con esos pechos diminutos al aire. ¿Y Gloria, pensará en cuántas y cuántas fueron las

tardés en que no se movió? ¿Y todas esas tardes de *cool jazz* mojado en ron? Eran huidas oscuras en el cañaveral por decretos de los soles en la araucana y el mágico hechizo de los quetzales errantes. ¿Y tú, en qué pensarás ahora?

Paloma me hiciste al darme las alas para subir a mirar, desde el abedul y el pino, al que llegaba por el camino; máscara deshuesada de su olivo. Y por ti a amar al viento: azar de mariposas y remos de llanto. No, no temas, Ramón. No voy a hablarte, amigo de cosas ajenas como sueños descuartizados y dignidades vendidas, ni de las manos derramadas desde el acantilado de mi pecho. La sangre de las heridas me la lamo, a solas y en silencio. Menos mal que aún me queda algo de pudor y discreción. Algo se aprende viviendo mal.

Es curioso, pero cada vez que quiero recordar el color de las paredes del estudio, pienso siempre en aquellos mosaicos incoherentes que decoraban, en tus ensayos de conquista de la técnica del fresco, la diminuta terraza cuya vista daba justo sobre la glorieta de Santa Cruz. Creo que así le decían al cruce de Insurgentes y la glorieta de Chapultepec. La distancia borra los pruritos de exactitud y todo se mezcla, desde los nombres hasta los rostros y las calles y los edificios que antes conocimos y amamos. Y nosotros olvidábamos el traqueteo de los tranvías que cruzaban haciendo un estruendoso estertor sobre los rieles y el embotellamiento de automóviles los días que había juego en el estadio de beisbol. Perdonarás si ya me ubico mal. Me fallan las distancias y el paisaje, y ya no sé, francamente, qué es lo que quedaba más cerca, si el panteón de San Fernando o el estadio. ¡Bah! ¡qué más dá!

Ahí está, eso sí, el camastro de metal opaco besando el muro sobre el que giraba la puerta, con su cubierta improvisada con un sarape. Y la delicadez tuya de no decorar ese cuarto con tus cuadros, en lo que a mí me parecía el colmo de la humildad. Cuando te cansaste del *affiche* que anunciaba una muestra de grabados de Picasso, lo cambiaste por la "Calavera quijota" de Posada. Sus tonalidades sepias y rosas te recordaban los místicos y misteriosos terracotas de la sierra oaxaqueña.

¡Qué orden escrupuloso reinaba en esas repisas hechas de madera burda, sin barnizar, que sostenían a los gigantes comprimidos en ediciones de bolsillo! Bacabas que sostenían al mundo de nuestra imaginación y de la cultura. Tal vez te haga gracia este otro comprimido de varios años en unas cuantas cuartillas de papel. Pero, ya ves, todo se comprime; ése es el régimen que nos procura el avance de la tecnología, con sus comprimidos para todos los usos y todos los gustos: desde los que apagan la acidez hasta los que evitan la concepción y, por consiguiente, curan, también los rictus de conciencia.

En el pasillo largo, tan largo como un suspiro, emergían, ansiosas, las fotografías de Alberto. Eran sus citas convocadas con la risa, el gemido, la alegría, la mueca, el dolor, el miedo y. . . lo otro. El también captaba y deshacía la vida en el mínimo del relámpago. Un *click* y ya está. ¡Cómo se enmaraña todo en el recodo de la memoria!

Lo que más disfrutaba era el cambio de tu persona cuando te sacabas el traje de corte inglés, con cuadritos minúsculos, y, camaleón sonriente, te ponías los jeans y un suéter liso sobre cualquier camisa, sin corbata, suelto en la holgura de tu colmena, repartiéndome con tu perfil romano, rosas de tinta de sangre de poetas de pueblo, escritas seguramente como estas otras palabras, bajo un cielo de estrellas y de murciélagos, cuando uno se detiene en alguna esquina de barro mordida por el aire. No, Ramón. No puedo olvidar. Ni quiero. ¿Cómo puede olvidarse ese ático aéreo que en el chispazo del foco desnudo me dió raíces de universo y curó mi voz de sus infantiles perspectivas metálicas?

Ya vengo de andar por ahí. Claro que ahora vengo con otras cicatrices; éstas me las regala a diario éste devenir cotidiano. Pero ¡qué importa el quién,

el cómo y el dónde, si mis versos son ahora pajareros! Hundida en este andar de espuma, tu rostro, Ramón, es la guitarra temblorosa en las seguidillas de Aranjuez y el rubro de unas estaciones barrocas cobijadas bajo el hueco doble de una máscara azulosa y rigurosamente enjuta. Te busqué en el sonido del silencio, como la esperanza diaria de esos huecos por hallar sus ojos. Te evoco cuando siento un deseo urgente de voces, de gargantas y, ¿porqué no?, hasta de uñas de aquella gente con límpidas almas cotidianas, como tu sonrisa de siempre, en medio de esa estatura primordial frenada por el pelo negro desgarrado sobre la pátina pálida de tu frente incansable y ardiente.

¡Cómo te enfurecía mi ignorancia sobre temas tan importantes como las inversiones de la *United Fruit Company* en Centroamérica o la página de valores del *New York Times*. Luego, te retractabas en la excusa de que los bonos sin vencimiento y la venta disfrazada de víboras veloces marcadas con un tatuaje de agujeros (en vez de números), eran hilos difíciles de manejar para el sexo femenino. Silenciosamente te escuchaba hablar sobre temas de economía mientras esculpía, con la mirada, tu cuerpo esbelto y agitado. Me desgranabas ese complejo fruto del pensar humano que para mí era un laberinto. Te poseías tanto de tu papel didáctico que, cuando nos dábamos cuenta, por el calor de tus venas, de que ya estaban casi derramándose en ellas las estadísticas, nos soltábamos una carcajada. Era obviamente una irreverencia para las elegías de una *Paloma de Canto Popular*. ¡Pobre Nicolás Guilén! No le quedaba más remedio que sufrir las faltas de respeto —por demás ilícitas—, de nuestro discurrir con una pierna en el estudio y la otra en el juego.

Eran tardes de amaranto cuando los tubos de policromía se apretaban y la lengua de tu pincel plasmaba el cuerpo esclavo de la inmovilidad. Cremas y hierbas esparcidas se tornaban, al tope, en un metálico azogue impío. Vencedora y vencida, Gloria, era máscara y carne; se desprendía de aquel combate revestida con los signos de la aurora y la noche. Sus marfiles históricos hicieron capitular tu cruda substancia. "Las palomitas se lamentaban de que el amor es ciego. . . ." Cuando Gloria se fué porque ya habías terminado el cuadro, te pregunté por las cuencas huecas a ambos lados de la nariz. "Esta máscara representa al amor; es la vida y la muerte a la vez".

Meses más tarde, me sonreí en la vanidad al distinguir la forma de mi rostro en ese momento de prolongación del ego que remataba, con el contraste de tu caricia, en ese reconocimiento tan especial que lo hacía dispersarse para siempre. "Te pinté sin ojos" — dijiste, apretándome la mano. "Tienen una luz que cambia como el segundero y es imposible fijarla en las estaciones. . . ." Enrollados junto con otros esquizos quedaron dos máscaras más en sanguina. Fue esa misma tarde cuando recibiste la fotografía de Josefina en compañía de su nuevo amigo. Ella estaba en Zurich. Y a pesar de que era una de esas fotografías instantáneas y a color, estaba borrosa. Josefina se veía sonriente. Tú te pusiste sombrío y triste. Josefina llevaba el pelo recogido en ese complicado turbante de trenzas que tanto te gustaba porque te recordaban a las estatuillas mayas en su sobriedad y elegancia. La miraste sin decir nada. La carta adjunta te contaba episodios de una excursión reciente. No mencionaba ninguna palabra de volver a tu lado. No comentamos nada. Tu rabia se volcó sobre Alberto, un rato más tarde, cuando discutían absurdamente sobre si había o no que tomar una posición, de si había o no una libertad de expresión y si la libertad para ser uno mismo iba a ser coartada. Te rebelaste hasta la náusea. Me parece estar oyendo tus gritos furiosos: "No quiero ser lambiscón. . . .! qué otros sean los que sirvan a Dios . . . . o al diablo!" Supongo que el tiempo curó esos arrebatos.

No quisiera pecar de sentimentalismo cursi, pero me alegró que me reconocieras al instante ese domingo, en la Casa del Lago. Ya eras una estrella consagrada. Yo era una simple escucha. Igual que los otros turistas. Tu ciudad, convencional y, en cierta medida, no muy distinta a la de mi infancia,

seguía siendo la ciudad de contrastes con fuerte sabor a palacete y barrio de-  
rrengado. Era, sin yo saberlo, la urbe que me atacaba el interior cutáneo con  
sus aires de paso y de exilio. Era y no era mi ciudad. En el momento carecía  
ya de la sujeción a las normas que la volvían accidentada y extraña. Y sin em-  
bargo ahí está; aún ejerce sobre mí la misma fascinación esotérica como los  
bosques que la han poblado con míticas leyendas. Y tu moño negro preme-  
ditadamente anudado al desgaire, encuadraba, a la perfección, con el panora-  
ma que se diluía en mí, igual que esos daguerrotipos de fin de siglo. Me gustó  
la barba que te daba un cierto aire de gravedad. Había más soltura en tus ade-  
manes y, por supuesto, me cautivó la maestría del flautín:

*"Le tengo rabia al silencio...  
por lo mucho que perdí. . . . ."*

continúa en, su diálogo conmigo, el amplificador. No hay teléfonos ni otras  
voces en este conversar contigo, igual que entonces, en la intimidad de mi  
cuarto ya anochecido. La máscara, con su aura colorada, me mira en la con-  
ciencia hundida de sus cavidades; el viento sopla ahora por esos huecos que  
han dejado, súbitamente, de sudar. Y sabes, Ramón, creo que con el aire,  
perdió su palidez azul. El Huayno se ha ido por enésima vez, a buscar dos  
águas color de río.

